

**INTRODUCCIÓN.
POESÍA Y POLÍTICA:
REFERENCIAS, INTERPELACIÓN, PERPLEJIDADES.**

Francisco Leal
University of Missouri-Columbia

Los textos de este dossier tienen una breve historia. Para someter el proyecto a la *Revista de Critica Literaria Latinoamericana*, decidimos presentarlo bajo el título de “Poesía (y) política en América latina”, encerrando la conjunción para hacerla desaparecer, ponerla en conflicto o resaltarla en el panorama latinoamericano. La idea era pensar los alcances de las posibles conjunciones de la poesía y política, o indagar incluso si poesía y política se plantean efectivamente como terrenos heterogéneos, más o menos incompatibles, que operan autónomamente. En ambos casos, lo que planteábamos era reflexionar sobre las implicaciones actuales que una u otra vertiente conllevarían. En un contexto donde se habla del neoliberalismo como terreno exclusivo de los nombres, o como forma de “entender el mundo” (Levinson: 2); en donde una de sus consecuencias es la *despolitización* o la retirada de la política en cuanto antagonismo y proyecto emancipatorio, pensamos indagar cuáles serían las posibilidades o qué rol desempeñaría la poesía bajo las coordenadas antes descritas.

Se propusieron, de modo no exclusivo, cuatro intervenciones o puntos de partida para abordar el tema. La primera consistía en repensar momentos en que la poesía se ha volcado (o incluso abandonando) hacia un proyecto político emancipatorio o de denuncia. Es decir, en momentos de emergencia política la poesía pone en primer plano un proyecto de tal índole, y supuestamente posterga la exploración de sus posibilidades o incluso se anuncia su desaparición. Cuando los proyectos emancipatorios parecen desvanecerse del horizonte político, una poesía sujeta a esas presiones parece también desvanecerse, o simplemente presentarse como otro documento de barbarie –la condena a esos proyectos políticos recae también hacia los proyectos poéticos. Otra posibilidad, por el con-

trario, planteaba reexaminar los proyectos poéticos que proponen la libertad creativa como condición de posibilidad intransable del género y, como derivación de esa libertad creativa, se dispondría de una apertura que desemboca en una libertad política: la libertad poética *conduce* a la libertad política. La autonomía poética o literaria sería, entonces, condición irrenunciable de la poesía, como indica Arturo Dávila, siguiendo a Alfonso Reyes, “más allá de las ideologías, el compromiso es con la lengua. Y nada más.” La tercera dirección propuesta consistía en preguntarse sobre aquella poesía que resalta las diferencias (de identidad, de género, étnica, etc.) como propuesta política que se propone en contra de cualquier intento totalizante y que distingue como espacio político y poético por excelencia aquel que resalta la diferencia o los particularismos. Por último, podíamos pensar la poesía y la política como territorios distintos y desconectados, en donde tanto la poesía como la política generan verdades o posibilidades que transitan por lugares necesariamente heterogéneos: la política no tiene nada que ver con la poesía. Más que constatar estas posibles conjunciones o separaciones, lo que interesaba era ver sus posibilidades y consecuencias en la poesía y en la actualidad.

Por supuesto que estas proposiciones eran sólo direcciones, apuestas para referirse a la poesía y la política, y están muy lejos de acotar el vínculo, sea de pertinencia o impertinencia. Esas propuestas no fueron más que un mapa andrajoso, señas incompletas para explorar posibilidades mucho más amplias de la poesía y política, de la poesía política, de lo político de la poesía, o lo “político en el poema”, como dice Masiello, entre muchas otras relaciones.

Una de las primeras interrogantes que aparece en los textos incluidos en este dossier es cómo la poesía se relaciona con su contexto, con el lugar donde se inscribe. Cristián Gómez, por ejemplo, presenta su asombro inicial ante la aparente indiferencia de la poesía peruana de los noventa en relación a su convulsionado contexto socio-político. Si por un lado Gómez percibe muchas evidencias de “que la narrativa enfrent[ó] la guerra senderista y la consiguiente represión estatal”, certidumbres así de claras parecen, en cambio, impalpables en la poesía. El punto de Gómez es que la relación de la poesía con su contexto es, por supuesto, más compleja, o por lo menos de una legibilidad más oscura. Si, por una parte, continúa Gómez, “la producción literaria obedece en cierta medida a su contexto (lo que es muy distinto a decir que la determina), no es menos cierto que la representación de tal realidad se hace a través, entre otras mediaciones, de la ideología a la que responda el autor, de la carga también ideológica que utilice el lenguaje que él o ella emplee

y de la que tal vez ni siquiera sea consciente, etc.” Francine Masiello, por su parte, advierte también sobre la trampa casi inevitable de leer la poesía latinoamericana, pues “condicionados por el imperativo político (promovido especialmente por la conciencia social que emerge en la crítica literaria a partir de los años 60) esperamos encontrar detrás de cada verso una raíz que conduzca al corazón de lo “real”. De tal manera, se “convirtió la lírica casi en un fetiche de consumo, fuente o valor tanto de intercambio como de inspiración para los circuitos de izquierda”. La relación que la poesía traza con su contexto es más bien de distorsión y de alteración: como recuerda Macherey, sin ese desplazamiento “el producto del trabajo del escritor [...] seguiría siendo un objeto de consumo, sin poder convertirse en un objeto de conocimiento” (80). A partir de esa distorsión la poesía interpela a su contexto, sin que necesariamente lo relate en términos referenciales. Casi todos los poemas y poetas estudiados acá (desde Lezama Lima a Paolo de Lima o Mercedes Roffé) están muy lejos de una poesía de direcciones evidentemente políticas. La excepción, que confirma la regla, sería la poesía de Carmen Berenguer, que declara abiertamente un interés por relacionar poesía con política, y escribe no muy lejos del terreno de la denuncia o la demanda. Sin embargo, ese vínculo y esas denuncias son presentadas en Berenguer a partir de un desfase, constantemente desnaturalizadas, arrancadas de su escenario de fijación. Desde esa presentación impertinente, la aparición de sujetos sociales excluidos viene alterada por un gesto incalculable e impreciso. Masiello indica que la política del poema parte con las fricciones de las palabras, con esos mínimos roces de sentido, con un fuera de orden.

La propuesta de lectura de este dossier no es del contexto hacia el poema, sino del poema al contexto; es decir, los trabajos no indagan en lo que está debajo, detrás, encima del verso o en otras topologías, sino en el poema, en sus fricciones; en lo que dice y compone el poema. En ese sentido la crítica que se plantea acá no es hermenéutica, de rescate de lo que está oculto en el poema, sino una práctica que intenta descifrar su fuerza y sus relaciones. Ahí entendemos, por ejemplo, la aproximación de Gwen Kirkpatrick a poetas que trabajan con “lenguaje roído” y referencias poéticas como un “encuentro violento del que nos habla Benjamin, cuando una imagen de otro tiempo se cruza con nuestro tiempo, ese estallido que nos recuerda la pérdida del momento anterior que también coincide con la pérdida y la violencia de nuestros momentos”. En esa fricción, asevera Kirkpatrick, “está la política del poema”. O la exploración que se propone Dávila con el neobarroco. Si el neobarroco ha sido descrito como caja de Pandora, donde todo cabe, donde todo pue-

de caber, Dávila toma esa crítica como posibilidades de lectura y de relaciones; y ahí sitúa su política, en sus riesgos, en la manera en que la poesía se desenmarca de protocolos de lectura y apropiación. Dávila lee en conflicto y relación, como una caja de Pandora, a Joyce, Eliot, Lezama, Sor Juana y Sarduy. El cruce de la poesía con la política pasa, entonces, también por las posibilidades de lectura y acercamiento que propone la crítica. Adriana Valdés insiste en que al poder y “al arte y al pensamiento sobre el arte les toca volar a una hora distinta a la del poder” (181); y que “esa diferencia, esa distancia, ese intervalo, es el espacio de relación del tema del arte y de la política”; pues es el instante “en el cual nuestra humanidad se abisma”. Es ese instante al que se refiere Valdés sucede al oponer el tiempo del arte al tiempo del poder: “es decir la poesía, el arma que queda” (186).

Tardanza, intervalo, fricciones, impertinencia, corrupciones, son algunos nombres políticos que aquí se le da a la poesía. De ahí que la propuesta de este dossier sea barajar posibilidades de lectura: hacer que la poesía y su crítica vuelvan a tirar los dados. El origen del significado, dice Masiello a partir de su análisis de Roffé basado en la sensación, “depende de la interacción entre el escritor, el lector y el texto, nos saca de la oscuridad y nos da esperanza de futuro”. Así podríamos abrir las propuestas de este dossier.

REFERENCIAS:

- Levinson, Brett. *Market and Thought: Meditations on the Political and Biopolitical*. New York, Fordham U.P., 2004.
- Macherey, Pierre. *Para una teoría de la producción literaria*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1974.
- Valdés, Adriana. “Arte y política: sobre águilas y lechuzas” Oyarzún, Pablo. Richard, Nelly. Zaldívar, Claudia. *Arte y política*. Santiago: ARCIS, 2005. 181-6.